MANUELA ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO | OFELIA REY CASTELAO
SYLVIE HANICOT-BOURDIER
(COORDS.)

Guardianas del tiempo

Mujeres, historia, testimonio (ss. XVI-XX)

TREA
PIEDRAS ANGULARES

Guardianas del tiempo

Mujeres, historia, testimonio
(ss. XVI-XX)

Manuela Águeda García Garrido
Ofelia Rey Castelao
Sylvie Hanicot-Bourdier
(coords.)

Guardianas del tiempo

Mujeres, historia, testimonio (ss. XVI-XX)

EDICIONES TREA

Con la financiación de

Comité científico internacional: Elisa Caselli (Universidad de San Martín, Argentina) / Donatella Gagliardi (Università di Napoli l'Orientale, Italia) / Manuel Reyes García Hurtado (Universidad de A Coruña, España) / Luis Gómez Canseco (Universidad de Huelva, España) / Maria Antónia Lopes (Universidade de Coimbra, Portugal) / Elisa Novi Chavarria Università degli Studi del Molise, Italia) / Jacqueline Vassallo (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) / Andreas Würgler (Université de Genève, Suiza)

ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición: diciembre de 2025

© de los textos, sus respectivos autores, 2025

Motivo de cubierta: *Joven mujer en una puerta entreabierta* (1645), de Rembrandt van Rijn.
Obra de dominio público.

© de esta edición:
Ediciones Trea, S. L.
C/ Gran Capitán, 52
33213 Gijón (Asturias)
Tfno. 985 303 801 · Fax 985 303 712
trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici
Producción: Patricia Laxague Jordán
Maquetación: Alberto R. Torices

D. L.: AS 02782-2025
ISBN: 979-13-87790-63-9

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.
La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Presentación 9
Manuela Águeda García Garrido, *Université de Caen-Normandie (Francia)*

1. **«Mujer que viva honestamente»: la fama, un elemento clave en el testimonio de mujer (Castilla. Siglos XVI-XVIII)** 21
Margarita Torremocha Hernández, *Universidad de Valladolid*

2. **¿La reina a juicio? Rumores de venenos y abortivos en el círculo de María Luisa de Orleans** 41
Francisco José García Pérez, *Universidad de las Islas Baleares*

3. **El testimonio de los pleiteantes y testigos en el tribunal eclesiástico de León en el siglo XVIII** 59
María José Pérez Álvarez, *Universidad de León*

4. **Dinámicas de apoyo y confrontación con las mujeres pleiteantes. Testimonios y testigos en los pleitos por malos tratos de finales de la Edad Moderna** 75
Alberto Corada Alonso, *Universidad de Valladolid*

5. **Palabras de mujeres: testimonios judiciales en Galicia a fines de la Edad Moderna** 93
Ofelia Rey Castelao, *Universidad de Santiago de Compostela*

6. **L'infanticide du temps de Goethe:** *Faust I* **et le procès de Susanna Margaretha Brandt** (1772) 131
Hildegard Haberl, *Université de Caen-Normandie (Francia)*

7. **Palabras de mujer ante los tribunales. Pedir y ser oída en Castilla en el primer tercio del siglo XIX** 149
Pilar Calvo Caballero, *Universidad de Valladolid*

8. **Testimonios mercenarios contra testimonios oficiales: las nodrizas ante las mentes ilustradas vizcaínas del siglo XIX** 169
Sylvie Hanicot-Bourdier, *Université de Lorraine (Francia)*

9. **Le témoignage de Marina Tsvetaeva sur la Révolution russe de 1917** 191
Caroline Bérenger, *Université de Caen-Normandie (Francia)*

2

¿La reina a juicio? Rumores de venenos y abortivos en el círculo de María Luisa de Orleans[1]

Francisco José García Pérez
Universidad de las Islas Baleares

Una influencia creciente: la participación política de la reina María Luisa en los asuntos de Estado

Desde su llegada a Madrid como nueva reina en noviembre de 1679, María Luisa de Orleans se había visto forzada a adaptarse a una estricta etiqueta palatina,[2] a unos grupos de poder cambiantes y a una inexperiencia política que la llevó a cometer algunos errores de calibre, hasta el punto de que se cuestionase su propia posición en la Corte de Madrid. A sus diecisiete años, María Luisa no contaba con un adiestramiento que la preparase para asumir una influencia evidente, más allá del amor que conseguía insuflar en Carlos II.[3] Además, la Corte de la década de 1680 estaba dominada por personajes mucho más hábiles que ella, la mayoría de ellos herederos de los días de la regencia. En esencia, fueron diversos los factores que dificultaron a María Luisa el hecho de que pudiera arrogarse ciertas cotas de poder, por lo menos hasta pasado prácticamente un lustro desde su llegada a Madrid.

En primer lugar, estaba la reina madre, Mariana de Austria, que había recuperado su posición pública tras un forzoso destierro en Toledo durante dos años. Su sombra inspiraba respeto y reverencia, y el primero que buscaba su consejo era el propio rey.[4] Desde que reinstaló a su madre de nuevo en Madrid tras desterrarla a

[1] El presente trabajo forma parte del proyecto «El legado de Carlos II. La Monarquía de España y su impacto socio-cultural en el Madrid del siglo XVII» con referencia SI4/PJI/2024/00141, en la convocatoria 2024 de Ayudas a Proyectos de I+D para doctores emergentes de la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor ayudante doctor en la Universidad de las Islas Baleares y miembro del Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad.

[2] Sobre la mutación de la reina en ámbitos como la vestimenta o las costumbres tras su llegada a Madrid, véase Ezequiel Borgognoni (2019): «La construcción de la imagen regia de María Luisa de Orleans», *Studia Historica. Historia Moderna*, n.° 41, pp. 353-377.

[3] Francisco José García Pérez (2023): «La caída de una camarera mayor: la duquesa de Terranova y el control político del cuarto de María Luisa de Orleans», *Libros de la Corte*, n.° 26, p. 70.

[4] Silvia Z. Mitchell (2023): *Reina, madre y estadista. Mariana de Austria y el gobierno de España*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, p. 287.

Toledo durante dos años, Carlos II solía reunirse prácticamente a diario con ella y le consultaba asuntos de Estado: «ammaestrata abbastanza dalle passate note vicende, conserva non ostante nell'estrinseche dimostrazioni della corte posto di venerazione e di autorità benigna nel serio della Maestà».[5] Los embajadores observaban a la reina madre de cerca y coincidían en que iba a desempeñar un papel político importante. El nuncio papal, Savo Millini, llegó incluso a pedirle que fuese ella la que guiara políticamente al monarca para alejarlo de toda idea de apoyarse en un valido: «[… El nuncio] aveva stimato d'incaricare alla Maestà Sua [la reina madre] perché con l'autorità di madre e di una tanta Regina esortasse in nome di S.B. [el Papa] il Re suo figlio ad applicarsi con ogni spirito il maneggio degli affari della sua Monarchia».[6] Como cabe suponer, la reina madre se fijó desde el principio en su nuera con un doble fin: por un lado, pretendía sellar una alianza política con ella, a la vez que vigilaba de cerca su adaptación y su capacidad para construir redes de influencia. En enero de 1680, el embajador francés confirmaba a Madrid que María Luisa se hallaba unida a su suegra y, de manera inevitable, también dependía de ella: «Elle [María Luisa] a reconnu que son véritable intérêt était de se réunir avec la Reine mère en qui elle a trouvé une amitié tendre pour elle»[7].

Desde febrero de 1680, Carlos II había retomado la tradición de la privanza en la persona de su sumiller de corps, el VIII duque de Medinaceli.[8] Si bien hubo cambios importantes con respecto a los grandes validos que habían monopolizado el gobierno bajo los reinados de los anteriores Felipes, Medinaceli supo recuperar algunas de las principales estrategias de la privanza para consolidar su poder y autoridad como sombra política del rey.[9] Esto incluía también vigilar de cerca a la consorte, ya que, desde el momento en el que María Luisa empezó a asumir cierto protagonismo político, Medinaceli buscó la manera de limitarla.[10] Carlos II era el primero en condenar cualquier tipo de intromisión de su esposa en los asuntos de Estado. De hecho, quizás aconsejado por Medinaceli y su confesor, el rey reinstauró

[5] Nicolo Barozzi y Guglielmo Berchet (1860): *Relazioni degli stati europei. Lette al Senato dagli ambasciatori veneti. Serie II. Spagna*, Venezia: imp. Pietro Nakatovich, p. 481.

[6] Archivio Apostolico Vaticano (en adelante AAV), Spagna, Decifrati Nunzio alla Segreteria, sig. 158, f. 94, 9 de mayo de 1681.

[7] Archive du Ministère des Affaires Étrangères (AMAE), Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 268, 1 de febrero de 1680.

[8] Véase Juan Sánchez García de la Cruz (2023): «El VIII Duque de Medinaceli: ascenso al Ministerio y aproximación a sus redes de poder», en Porfirio Sanz Camañes (coord.): *La nobleza titulada castellana en la conservación del Imperio español en tiempos de Carlos II*, Madrid: Sílex, pp. 33-54.

[9] María Dolores Álamos Martell (2004): «El VIII duque de Medinaceli: primer ministro de Carlos II», en Luis Suárez Fernández y José Antonio Escudero (coords.): *Los validos*, Madrid: Dykinson, p. 548.

[10] Francisco José García Pérez (2020): «La influencia francesa en el entorno de María Luisa de Orleáns, 1679-1689: los cocineros de la reina», *Obradoiro de Historia Moderna*, n.° 29, p. 234.

la etiqueta palatina de su padre, que incluía «così nel mangiar pubblicamente separato dalla Regina, come nel dar le udienze nell'assistere al dispaccio».[11]

Es importante tener en cuenta también a los criados franceses que acompañaron a la reina desde París. De hecho, desempeñarían un papel clave en los controvertidos rumores sobre venenos y abortivos, que llegaron incluso a salpicar a la propia reina. Entre ellos, destacaba un grupo de criadas que gozaban del cariño de la soberana dentro de su cámara. La nodriza de la reina, Nicole Françoise Quentin,[12] mal llamada la Cantina, disfrutaba de ciertos privilegios y protagonizaba escándalos que eran constantemente tapados por su señora. Asimismo, Mariana Aguirre, otra criada española de origen, pero con vínculos familiares con Francia, había sellado una alianza de ayuda mutua con Nicolasa Cantín para conseguir repartirse las numerosas mercedes concedidas por la reina.[13] La incapacidad de estas criadas para mantenerse al margen de los escándalos iría poco a poco incrementándose conforme pasaba el tiempo y su señora gozaba cada vez de mayor influencia sobre el rey y la Corte.

Finalmente, un asunto que conseguía también perjudicar los intereses de María Luisa de Orleans era la agresiva política expansionista que llevaba planificando su tío, Luis XIV de Francia, para ampliar sus fronteras y apoderarse de los Países Bajos españoles. A pesar de que las monarquías española y francesa habían firmado una paz en Nimega, el rey galo no había cejado en su empeño en continuar avanzando sobre suelo flamenco.[14] Desde 1680, el embajador español en la corte de Saint Germain, marqués de la Fuente, escribía mediante cifra a Madrid aconsejando no hacer caso a ninguna de las muestras de concordia que constantemente anunciaba el rey de Francia: «no hay que hacer fundamento sobre las expresiones con que me respondió el Rey tocantes a la manutención de la paz, aunque fueron muchas, ni la brevedad del tiempo permite alargar el discurso».[15] El paso de los años fue confirmando los temores de Carlos II y su primer ministro. De hecho, en noviembre de 1683, volvieron a reiniciarse las hostilidades entre ambas coronas cuando las tentativas expansionistas del Rey Sol fueron ya demasiado evidentes.[16]

Pese a todo lo anterior, la influencia política de María Luisa de Orleans fue creciendo y esto se hizo evidente para todos.[17] De tal modo que, en 1685, la reina

[11] AAV, Segreteria di Stato, Spagna, sig. 157, f. 1312, 9 de octubre de 1681.

[12] A partir de este momento, a lo largo del artículo se utilizará el nombre tal y como aparece en la documentación de archivo, es decir, en su versión españolizada: Nicolasa Cantín.

[13] Arturo Echavarren (2015): «El caso de la Cantina. Un escándalo palaciego en el Madrid de Carlos II», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 40, p. 132.

[14] John A. Lynn (1999): *The wars of Louis XIV*, London: imp. Longman, p. 164.

[15] Archivo General de Simancas (AGS), Estado-K, leg. 1637.

[16] Juan Sánchez García de la Cruz (2024): «El sitio de Luxemburgo ¿causa de la caída de un primer ministro (1682-1684)?», *Cuadernos Dieciochistas*, n.º 25, p. 26.

[17] Sobre el intervencionismo político de María Luisa de Orleans véase Ezequiel Borgognoni (2022): «María

intentaba intervenir en algunos de los principales asuntos que se debatían en la Corte: «La Reina reinante se mantiene con predominio sobre el Rey».[18] En marzo de ese año llegó a la Corte un embajador extraordinario francés, el marqués de Feuquières, con una misión muy concreta. A París habían llegado rumores de que Carlos II iba a ceder la soberanía de los Países Bajos españoles como dote a su sobrina, la archiduquesa María Antonia de Austria.[19] Luis XIV ordenó a su embajador que detuviera cualquier posibilidad de transmisión patrimonial, y para tal fin debía valerse de la influencia de la reina.[20]

Desde que conoció los rumores, María Luisa presionó a su esposo para hacerle ver que aquella idea atentaba contra los derechos hereditarios de la futura prole que la pareja tendría: «La Reine prend fin là-dessus, représente vivement au Roi, son mari, qu'il ne doit pas souffrir qu'à l'âge de 24 ans, on le traite d'incapable d'avoir des enfants».[21] Mientras Feuquières presionaba a los miembros del Consejo de Estado para evitar cualquier votación a favor de la cesión de aquellos territorios, la reina incrementaba sus esfuerzos en el cuarto regio. Las discusiones entre Carlos y María Luisa pronto fueron conocidas por toda la Corte: «Grandísimas desazones han pasado entre el rey y la reinante hasta haber llegado a exterioridades de grandísima indecencia, que no será posible tolerar esta violencia y descompostura francesa».[22]

Otro asunto que coincidió con estos rumores sobre la cesión de los territorios flamencos era la definitiva dimisión del que en aquel momento era el primer ministro. Tras un lustro en el poder, el duque de Medinaceli había empezado a perder la confianza del rey. Una nueva guerra con Francia y la pérdida de la ciudad de Luxemburgo tras la firma de la tregua de Ratisbona habían supuesto un golpe casi devastador para él.[23] Desde ese momento, su mayor apoyo fue la reina consorte. Aunque ambos habían sido opositores políticos en el pasado, María Luisa decidió valerse de la fragilidad del duque primer ministro en beneficio propio y selló una alianza con él.

Luisa de Orleans: acción política y diplomacia en la corte de Carlos II de España», en Ezequiel Borgognoni (ed.): *Reinas, virreinas y aristócratas en las monarquías ibéricas: estudios sobre mujer, cultura y diplomacia en la Edad moderna*, Madrid: Dykinson, pp. 183-214.

[18] Archivio di Stato di Firenze (ASF), Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, 11 de enero de 1685.

[19] Rocío Martínez López (2018): *El Imperio y Baviera frente a la sucesión de Carlos II*, tesis doctoral inédita, Madrid: UNED, p. 232. Disponible en https://e-spacio.uned.es/entities/publication/5123d6d8-ffdd-4f23-87e7-8902167dcbf3 [Consultada el 27 de enero de 2025].

[20] Ana Álvarez López (2007): «Los *negocios* de Luis XIV en Madrid: la acción de sus embajadores en la Corte madrileña», *Revista de Historia Moderna*, n.º 25, p. 200.

[21] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 51v.

[22] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, f. 5067, 14 de junio de 1685.

[23] Juan Sánchez García de la Cruz, «El sitio de Luxemburgo…», art. cit., p. 28.

En pleno marzo de 1685, la posición política de Medinaceli parecía ya insalvable. De hecho, el embajador de Francia supo de una reunión privada que Carlos II tuvo con su madre y su esposa.[24] En aquella ocasión, Mariana de Austria aconsejó a su hijo que liquidara el valimiento de Medinaceli. Fue entonces cuando María Luisa tomó la palabra. Temiendo que su suegra pudiera colocar a un protegido en el puesto que iba a quedar vacante, aceptó que Medinaceli fuera despedido, pero con la condición de que Carlos II gobernase en solitario: «comme elle craint que celui qui resupplierait cette place ne fut créature de la Reine mère, elle porte le roi de gouverner lui-même»[25]. Esta entrevista familiar confirmaba que la influencia de María Luisa y su participación en el rumbo político de la monarquía no había hecho sino aumentar.

Finalmente, un asunto en el que también dejó sentir su voz la reina fue la elección de un nuevo secretario del Despacho Universal, uno de los puestos burocráticos más importantes de la Corte y también cercanos al rey. Desde la marcha de Medinaceli, había dimitido José de Veitia, y parecía haber dos posibles candidatos, cada uno de ellos respaldado por las respectivas reinas. Mariana de Austria y el conde de Oropesa, que parecía estar convirtiéndose en el nuevo favorito del rey, apoyaban a don Pedro Coloma, marqués de Canales. Por su parte, María Luisa de Orleans arropaba a Manuel de Lira. Ambas reinas presionaron a Carlos II para que tomase una decisión, lo que retrasó el nombramiento del secretario del Despacho.[26] Tras muchas dudas, Carlos optó por Manuel de Lira, lo que se traducía en un triunfo político para su esposa, que consolidaba su posición en la Corte: «La Regina Regnante ha finalmente superato l'impegno, in cui scopertamente si era posta, o sia per il merito del soggetto o per essere aderente della Casa d'Haro cui ella inclina».[27]

Todos estos ejemplos confirmaban que María Luisa de Orleans jugaba en pleno 1685 un papel importante en las dinámicas políticas de la monarquía. Su influencia y ascendiente sobre el rey eran de sobra conocidos, lo que implicaba un interés cada vez más extendido en acabar con su constante intervencionismo en los asuntos de Estado. Precisamente por esto, no fue casualidad que, coincidiendo con aquel verano en el que todavía se debatía quién sería el nuevo ministro favorito y Carlos II

[24] Francisco José García Pérez (2024): «De la vigilancia mutua a la colaboración política: la alianza del VIII duque de Medinaceli y María Luisa de Orleans», en Gabriel Téllez Calvín Gabriel y Juan Sánchez García de la Cruz (eds.): *La Casa de Medinaceli: entre la república de los grandes y el cambio dinástico (1671-1711)*, Fisciano: Cosme, p. 63.

[25] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 84.

[26] María Victoria López-Cordón Cortezo (2009): «Las mujeres en la vida del rey», en Luis Ribot (coord.): *Carlos II, el rey y su entorno cortesano*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, p. 126.

[27] Archivio di Stato di Venezia (ASVE), Dispacci al Senato degli Ambasciatori, Spagna, 121, 14 de junio de 1685.

meditaba la elección del secretario del Despacho, estallase un escándalo en el que se vieron involucrados los criados franceses de la reina. De hecho, aquello pronto la salpicaría, lo que evidenciaba un interés real en aislarla políticamente y, quizás, en lograr que el rey la repudiara de una vez. El escándalo de los abortivos, surgido de rumores y falsedades intencionadas, se iba a convertir en uno de los momentos más difíciles en la vida de María Luisa de Orleans.

¿Más que rumores? El proceso judicial contra los criados franceses de la reina

Desde que María Luisa llegó a España como nueva reina, corría un rumor al que no se le daba demasiado fundamento. Dada la dificultad de la nueva reina para quedarse embarazada, hubo quien dijo que se debía a los brebajes que su círculo de criadas le daban. Unos abortivos traídos desde Francia, con la intención de mantenerla estéril y que así se asegurase que la corona pasaba a Luis XIV y sus descendientes: «qu'en passant en France une personne de considération l'avait assuré que l'on avait donné à la Reine d'Espagne un breuvage devant que de s'en venir ici pour la rendre stérile».[28] Conforme pasaban los años, y la pareja de reyes seguía sin concebir un heredero, los rumores malintencionados aumentaban.[29] Además, las criadas francesas tampoco ayudaban a salvar a su señora de las habladurías. En 1685, coincidiendo con la defenestración política del duque de Medinaceli, la elección del nuevo secretario del Despacho y las tensiones provocadas por la futura soberanía de los Países Bajos, se conocieron en la Corte los escándalos que ocasionaba la nodriza de la reina, Nicolasa Cantín. Pero lo más grave era que María Luisa se estaba esforzando por disfrazar todo aquello, aun a costa de verse ella misma perjudicada.

La nodriza había empezado a mantener relaciones sexuales con Jean de Viremont, uno de los mozos de caballeriza de la reina: «se introdujo tanto este hombre con la Cantín, que, aunque trae el traje de dueña y no es muy niña ni nada de hermosa, puso en plática querer casarse con ella».[30] Aquellos amoríos llegaron a tal nivel que Nicolasa Cantín quedó embarazada y, bajo la protección de la reina, fue sacada de Palacio para que diese a luz en secreto. Pocas semanas después, María Luisa organizó una apresurada boda para proteger la honra de su amada nodriza. Incluso consiguió que Carlos II le permitiese mantener los gajes de moza de retrete, aun cuando ya era una mujer casada. Como informaba el mayordomo mayor al

[28] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 68, f. 28, 22 de enero de 1682.

[29] Arturo Echavarren, «El caso de la Cantina…», art. cit., p. 131.

[30] Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN), vol. LXXIX, carta del duque de Montalto a don Pedro Ronquillo, 12 de abril de 1685, p. 310.

rey: «había mandado la Reina Nuestra Señora se le continuase sin vacante, y que yo dispusiese su ejecución, como lo hice».[31] Una vez superada la crisis, la influencia que la Cantín tenía en María Luisa únicamente se afianzó y, de hecho, buscó consolidar todavía más su posición aun a costa de su señora.

Nicolasa Cantín había empezado a recelar de una posible competidora en el cariño de la reina: la clavecinista Marguerite Lotier. Esta joven había ido ganándose poco a poco el afecto de la reina. De hecho, cuando se casó en 1683 con Pierre Levillane, otro mozo de las caballerizas, y se le retiró la ración por su nueva situación, María Luisa insistió a Carlos que se le mantuviese: «ha sido servido hacer merced a doña Margarita Lotier, que fue de la Cámara de la Reina Nuestra Señora, de que se le continúe la enfermería y ración de criada que tenía en Palacio».[32] Temiendo el ascendiente que Lotier empezaba a tener en María Luisa, «entraron grandísimos recelos de ella en la Cantina, la cual, de los celos pasó a odiar y perseguir la compañera hasta apartarla de la Reina».[33]

Presionada por su nodriza y también por Mariana Aguirre, María Luisa terminó cesando de sus funciones a Lotier y su esposo, que también trabajaba en las caballerizas de la reina y había tenido algunas trifulcas personales con Viremont.[34] Nada más abandonar el Palacio, la pareja tuvo que huir de Madrid, temiendo posibles represalias del círculo de criadas que apoyaban a la Cantina. Refugiados en Cuenca, prepararon un memorial en el que describían pormenorizadamente los supuestos delitos cometidos por la Cantina, entre los que se incluía proporcionar abortivos a la reina, y lo que era todavía más grave, venenos para conseguir la muerte del rey.[35] A continuación, enviaron copias a los principales poderes alrededor de Carlos II: la reina madre y el conde de Oropesa. Ninguno de ellos hizo demasiado caso a los rumores. No así el embajador austríaco, conde de Mansfeldt, que vio todo aquello como una oportunidad que había que aprovechar.

El embajador llevaba tiempo intentando torpedear el ascendiente que la reina francesa tenía en Carlos II, ya que María Luisa había actuado en contra de los intereses imperiales en diversas ocasiones, incluyendo la cuestión de la soberanía de los Países Bajos en favor de la hija del emperador y la problemática cuestión sucesoria, siempre encaminada hacia Francia.[36] Buscando acabar con la imagen pública de la reina, aireó a los cuatro vientos las acusaciones vertidas contra Nico-

[31] Archivo General de Palacio (AGP), Personal, caja 16727, ex. 2. Expediente de Nicolasa Francisca Cantín.

[32] Ibídem, ex. 37. Expediente de Margarita Lotier.

[33] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, 12 de julio de 1685.

[34] Arturo Echavarren: «El caso de la Cantina…», art. cit., p. 139.

[35] Elisabetta Lurgo (2020): *Marie-Louise d'Orléans. La princesse oubliée, nièce de Luis XIV*, París: Perrin éditions, p. 205.

[36] Ludwig Pfandl (1947): *Carlos II*, Madrid: Afrodisio Aguado Editores, p. 240.

lasa Cantín, lo que finalmente obligó a un Carlos II escéptico a tomar cartas en el asunto y ordenar a su nuevo favorito y también presidente del Consejo de Castilla, el conde de Oropesa, que abriese una investigación para dilucidar el alcance de las acusaciones. Esa fue la puerta de entrada para uno de los asuntos más graves que vivió María Luisa de Orleans, y todo ello en base a pruebas poco sólidas, rumores y percepciones interesadas. Pero lo más importante era que todo aquello la iba a situar irremediablemente en el punto de mira de la Corte.

Había muchos intereses puestos en que ese memorial saliese adelante y se diese crédito a las acusaciones vertidas por Levillane y Lotier. En primer lugar, los grupos opositores a María Luisa y también a las políticas de Luis XIV, que en aquel momento no eran pocos, buscaban aprovechar el escándalo de los criados franceses para limitar el ascendiente de la reina sobre su esposo: «sería preciso a todos sus contrarios [de la reina] el tratar luego de dar cuerpo a las embrollas de estos franceses, y poner una criminalidad y cuento pesadísimo sobre la Reinante, para tenerla bajo su parcialidad».[37] El propio Oropesa, pese a no dar crédito a la veracidad de los rumores, sabía que, purgando el cuarto de la reina de influencia francesa, podría quizás limitar a la consorte, que había demostrado ya el amplio margen de maniobra que tenía, como se había demostrado con el nombramiento del nuevo secretario del Despacho Universal. De ese modo, la nueva junta dirigida por el conde de Oropesa empezó a analizar con detenimiento el memorial de Levillane, y lo que era más importante, procedió a detener a todos los implicados.[38]

Desde el primer momento, los testimonios cruzados giraron en torno al supuesto suministro de unos brebajes sospechosos y que la nodriza daba a la reina «después de la cena y a otras horas también, a escondidas, con el engaño de decir se lo daba a Su Majestad a fin de que se preservase por si en España la daban algún veneno».[39] Entre los días 14 y 19 de julio, la Cantín fue obligada a revelar el lugar en el que escondía los supuestos brebajes que había proporcionado a la reina. Aunque su testimonio era confuso y poco coherente, Nicolasa Cantín en ningún momento afirmó que se tratase de abortivos. Únicamente dijo que «solo en una ocasión delante del Rey en una gota de vino dio a la Reina un poco de triaca para el dolor de estómago y en otra ocasión le dio otro poco de triaca para lo mismo».[40] Ni siquiera cuando fue sometida al tormento para arrancarle una confesión llegó a admitir los hechos que se le imputaban.

[37] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, 26 de julio de 1685.

[38] Arturo Echavarren (2021): «Notas sobre el motín francófobo de 1685 en Madrid», *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, vol. 9, n.º 2, p. 807.

[39] Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms. 18755/19, f. 2r.

[40] Ibídem, Testimonio de Nicolasa Francisca Cantín.

Conforme pasaban los días, las sesiones de interrogatorios contra la Cantina y su círculo íntimo, además de los delatores, empezaban a complicar la situación. Cada vez se cruzaban más versiones sobre aquel asunto y, lo que era todavía peor, la imagen de la reina iba poco a poco deteriorándose: «se acuerda le parece que su mujer le ha dicho que la Reina tomaba las píldoras a solas y en el gabinete con dicha Cantina, que a escondidas se las daba».[41] Como era inevitable, en las calles de Madrid se conocieron desde muy pronto los improvisados interrogatorios organizados. Si ya se respiraba cierto sentimiento francófobo originado por las continuas disputas con Francia, la imaginación popular terminó haciendo el resto.[42] Cuadrillas, especialmente de chicos jóvenes, recorrían las calles de la villa buscando a vecinos franceses para lanzar contra ellos su furia.[43] De hecho, la tensión llegó a tal extremo que vestir a la moda francesa se convirtió en la excusa perfecta para ser blanco de la ira popular: «Il popolo è cossi irritato contro i francesi, che gli hanno saccheggiate alcune botteghe e vano sempre armati di sassi, e di bastoni, principalmente i ragazzi».[44]

Uno de los motivos que más parecía envalentonar a aquellos jóvenes era el cariz que tomaban los rumores. En primer lugar, porque se proclamaba a voz en grito que María Luisa sabía perfectamente cuál era la función de los brebajes: «Il s'agit, Sire, d'empoisonnement. Les accusateurs et les accusés sont Français domestiques de la Reine. La Reine y est nommée comme ayant eu connaissance du dessein sans l'empêcher».[45] Pero, además, se decía que estos criados también habían intentado envenenar al rey para allanar el camino a que la casa de Borbón se hiciera con el trono español. De hecho, algunos testigos en los interrogatorios habían acusado a la Cantina y su círculo de «dar veneno al Rey N.S. los criados de la Reina y que aun S.M. de la Reina lo sabía».[46]

El embajador francés, marqués de Feuquières, tuvo que escribir a Carlos II suplicando que se le proporcionase algún tipo de protección. Este respondió enviándole un carruaje escoltado para que pudiese asistir a Palacio y entrevistarse con él: «A cinq heures, le Roi m'envoya un carrosse, avec trois cents alguazils, commandez par sept alcaldes».[47] En aquellos momentos, habían llegado a la Corte los ecos de aquellos primeros disturbios populares, pero todavía no se conocía su verdade-

[41] Ibídem, Testimonio de Pedro Levillane.

[42] Jaime Contreras (2003): *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid: Temas de Hoy, p. 226.

[43] Arturo Echavarren: «Notas sobre el motín francófobo…», art. cit., p. 810.

[44] AAV, Segreteria di Stato, Spagna, sig. 163, f. 782.

[45] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 199v, 25 de julio de 1685.

[46] BNE, Ms. 18755/19, s/f. Testimonio de Mariana Aguirre.

[47] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 204.

ra magnitud. En una reunión extraordinaria del Consejo de Estado, se debatió el modo de responder ante la furia que se estaba desatando contra los vecinos franceses afincados en Madrid. Uno de los problemas que se planteaban era el hecho de que aquellas turbas enfurecidas se habían levantado para proteger a su monarca, «nacidas de la fervorosa lealtad de los vasallos de V.M., cuyo amor a su Real persona no es fácil contener en los límites de la prudencia».[48]

A pesar de que ya se había producido algún asesinato y grupos de jóvenes sembraban el caos en las calles de Madrid, el rey no consideraba prudente una represión generalizada sobre la misma capital de la monarquía. El problema era que todo aquello estaba alcanzando un punto peligroso, especialmente porque muchos deseaban aprovechar los disturbios antifranceses en su beneficio, y el nombre de la reina resonaba ya con demasiada fuerza. Fue en ese momento, cuando empezó a hablarse de que la siguiente en ser sometida a juicio iba a ser la mismísima reina de España.

¿Un juicio contra la reina? Rumores e intereses políticos para desestabilizar la influencia de María Luisa de Orleans

Mientras se procedía a apresar a todos los implicados —delatores y acusados—, la situación personal de María Luisa de Orleans empezaba a complicarse. Todavía no se la había relacionado directamente con aquel asunto, por lo que reaccionó ante Carlos II con indignación tras enterarse de que Lotier y Levillane estaban siendo escuchados en los interrogatorios: «excedió en lamentaciones y quejas contra el Presidente de Castilla, y con tales ademanes, excesos y furias que acongojaron el mismo Rey».[49] Horas después, la ira de la reina no se había disipado. De hecho, negó al conde de Oropesa una audiencia que este había solicitado para intentar explicarle su modo de proceder: «La reine, demeurant en suspens là-dessus, lui a refusé une audience qu'il demandait pour se justifier, de quoi il est au désespoir».[50]

Cuando supo que su nodriza también había sido detenida y sometida a un interrogatorio que incluiría sesiones de tormento, María Luisa comenzó a inquietarse, especialmente al ver el cariz que tomaban aquellas acusaciones infundadas. De hecho, su ánimo se ensombreció, temerosa de las consecuencias, y cayó en un estado de gran nerviosismo e histeria, que descargaba sobre su esposo: «la prisión de estos dos acusados inquietó notablemente la Reinante, la cual dio en extremos

[48] AGS, Estado-K, 1652, s/f., 26 de julio de 1685.

[49] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, 26 de julio de 1685.

[50] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 187v, 4 de agosto de 1685.

de enojo, ocasionando desconsuelos y aflicción de ánimo al Rey».[51] El problema era que, con cada día que pasaba, los rumores iban aumentando y complicaban la imagen de María Luisa. Si en un principio se decía que su nodriza le proporcionaba abortivos, ahora se afirmaba que los detenidos conspiraban para acabar con toda la familia real, incluido el rey, mediante el uso de venenos. Incluso circulaba el rumor de que todo aquello había sido motivado por la dificultad de la reina para adaptarse a su nuevo hogar y su deseo de regresar a su país de origen, supuestamente junto a sus antiguos amantes: «Dicen algunos más noticiosos que todos los motivos de estas máquinas y trazas han tenido su principio de los amores que dejó la Reina en París».[52]

El embajador francés no tardó en hacerle llegar a la reina un mensaje a través de su confesor, el jesuita Guillaume Ayrault.[53] Dadas las extraordinarias circunstancias, insistía a María Luisa en que preservase del modo que fuese necesario la estima de su esposo, algo que todavía no había perdido: «Dieu veuille que sa Majesté se prévale de l'occasion pour augmenter son crédit auprès du roi, son mari, et sa considération dans tout le monde».[54] Desde ese momento, la reina comenzó a evidenciar un aislamiento personal y político cada vez más opresivo. A pesar de que Carlos II era el primero en intentar tranquilizarla y ratificar que no creía en las acusaciones que se le achacaban, los hechos parecían decir otra cosa. El problema, una vez más, era que los rumores proliferaban a un ritmo frenético y se hacía muy difícil saber qué era invención y qué realidad.

Por lo pronto, el embajador de Francia escribió a París relatando los supuestos movimientos que estaba dando el conde de Oropesa tras finalizar los interrogatorios de los criados. Según informaba, el conde se había reunido con doctores para consultarles dos cuestiones, a cada cual más grave: la primera, si el hecho de que la reina hubiese tomado abortivos podría considerarse motivo suficiente para un repudio oficial; la segunda, y todavía más seria, si aquello podría castigarse con la muerte: «Des gens de créance m'ont dit que le comte d'Oropesa a consulté des docteurs graves pour savoir 1º si de rendre des drogues pour s'empêcher de concevoir est une cause de répudiation pour une Reine, 2º si cette action est un crime de lèse-majesté punissable de mort».[55] Como era de esperar, aquellos rumores llegaron muy pronto a oídos de la reina, y fue entonces cuando empezó a considerar que su situación personal parecía estar no solo en entredicho, sino en serio peligro.

[51] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, 26 de julio de 1685.

[52] Ibídem.

[53] Sobre el confesor de la reina véase Ezequiel Borgognoni (2019): «'Yo te absuelvo, majestad'. El confesionario de la reina de España (1679-1700)», *Itinerantes: Revista de Historia y Religión*, n.º 11, pp. 107-122.

[54] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 195, 19 de julio de 1685.

[55] Ibídem, f. 199v, 25 de julio de 1685.

A continuación, los embajadores escucharon que Carlos II pretendía trasladarse a El Escorial para huir de aquella incómoda situación, pero sobre todo para no estar presente mientras se iniciaba un juicio oficial contra la reina: «habiéndose también publicado lo que se trataba de apartar el Rey de la Reina, y de hacer pasar S.M. al Escorial algunos días solo para desahogarle y librarle de las importunaciones y gritos de la Reinante, dando lugar al rigor de la justicia de una causa tan grave».[56] Pese a todo, Carlos intentaba tranquilizar a María Luisa, confirmándole que se quedaría con ella y nada le iba a ocurrir. Aquello, por supuesto, no fue suficiente para evitar que Francia estuviese preparando ya una contundente respuesta.

Luis XIV había recibido información puntual sobre los acontecimientos ocurridos, en los que se había visto involucrada su sobrina.[57] De hecho, su embajador en Madrid estaba transmitiendo a París que la situación a la que estaba siendo sometida la reina era inaceptable: «Feuquiers da una parte si mostra appasionato per la riputazione et per la sicurezza della Regina».[58] La respuesta de Carlos al embajador francés intentó ser en todo momento conciliadora: «Ha resuelto el Rey mi Señor que responda a V.E. que la deliberación de enviar a unos y despedir a otros ha sido motivada de los inconvenientes que entre ellos mismos han nacido».[59]

El siguiente golpe que recibió María Luisa, y quizás el que terminó con su estabilidad emocional, fue la orden de Carlos de expulsar de Palacio a la última de las criadas francesas que todavía permanecían: Suzanne Duperroy, sobrina de la Cantina. Tras conocer aquella noticia, hizo falta la asistencia urgente en Palacio del confesor de la reina para poder calmar sus nervios. Saltándose el protocolo, y para sorpresa de toda la Corte, la reina «echose con lágrimas y suspiros en el suelo y a los pies del Rey con palabras tan reverentes y acciones tan compasivas y protestando resignación, […] con que solo se la dejase cerca de su persona y en su servicio la referida Susana».[60] Aunque Carlos II ordenó finalmente que la criada fuese restituida en Palacio, aquello había terminado de alterar el estado emocional de la reina. Durante aquellas semanas, el aislamiento en el que se hallaba María Luisa y la repercusión de haber tenido noticia de que sus criados habían sido torturados, sumado a los rumores constantes que iban y venían, únicamente consiguieron empeorar la situación. A pesar de que su familia, es decir, su esposo y su suegra, intentaban reconfortarla, ella continuaba encerrada en sí misma. Las visitas de Mariana de Austria eran contestadas con una actitud ausente y esquiva: «la Reine

[56] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, s/f., 26 de julio de 1685.

[57] Francisco José García Pérez (2021): «La maternidad de las reinas consortes bajo control: el caso de María Luisa de Orleans», *Avisos de Viena*, 2/5, p. 47.

[58] ASVE, Dispacci al Senato degli Ambasciatori, Spagna, 123, 9 de agosto de 1685.

[59] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 218, 2 de agosto de 1685.

[60] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, s/f., 9 de agosto de 1685.

mère lui rendra une seconde visite qui sera toute d'amitié, car dans une première Elles ne firent que des monosyllabes».[61]

Ahora María Luisa había dejado prácticamente de ingerir alimentos, negándose a que ninguna de sus damas, a excepción de Suzanne Duperroy, le sirviese los platos. Además, el aislamiento en el que se había visto sometida estaba empeorando su visión de las cosas.[62] En este momento, estaba convencida de que su vida estaba realmente en peligro. De hecho, creía que algunos círculos de la Corte planeaban envenenarla: «Vive, intanto, la povera Principessa in una perpetua inquietudine d'essere avvelenata, teme di tutto e di tutti».[63] En estas circunstancias, llegó a escribir una carta secreta a su tío, el rey de Francia, suplicándole que la asistiese, pues realmente temía que su posición oficial, e incluso su vida, estuviesen en serio peligro: «je ne doute point qu'ils ne me fassent périr. Et je puis dire à V.M. que toute mon application et mon plus grand désir a este d'avoir un conduit qui lui fut agréable».[64] El embajador de Francia contribuyó también a encender la ira del monarca, describiendo —y quizás exagerando— el mal estado psicológico y también físico en el que se encontraba María Luisa. Estaba más delgada y demacrada, además había decidido someterse a una mutación completa, como ya hizo durante sus primeros meses siendo reina. Por ejemplo, volvía a vestir a la española, lo que fue interpretado como una derrota para ella y un triunfo para aquellos que aspiraban a limitar su ascendiente en la Corte: «J'eus avant-hier l'honneur de voir la Reine. Elle n'avait pas bon visage. Et je lui trouvai une maigreur qu'elle n'avait pas, il y a douze jours. Elle avait commencé à se cosser entièrement à l'espagnol».[65] La respuesta de Luis XIV a Madrid no pudo ser más contundente, amenazando con que, si la vida de su sobrina realmente se pusiese en peligro, procedería a ordenar la invasión de España a través de la frontera pirenaica.[66]

Solo el paso del tiempo fue tranquilizando a la consorte. Los disturbios callejeros en Madrid empezaron a descender tan rápidamente como habían empezado y en la Corte la situación pareció estabilizarse. Poco a poco, los crueles rumores que habían dominado los pasillos y galerías del palacio real dieron paso a otros que ya no concernían a la reina. A esto se le sumaba el hecho de que Carlos II jamás había dejado de asistir a su esposa, incluso en los peores momentos del controvertido asunto de los abortivos y las torturas que se estaban aplicando a los criados de la reina. María Luisa empezó a reponerse, aunque algo había cambiado en ella.

[61] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 244, 8 de agosto de 1685.
[62] Gabriel de Maura y Gamazo (1990): *Vida y reinado de Carlos II,* Madrid: Aguilar, p. 316.
[63] ASVE, Dispacci al Senato degli Ambasciatori, Spagna, 123, 23 de agosto de 1685.
[64] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 236, 1 de agosto de 1685.
[65] Ibídem, f. 255, 8 de agosto de 1685.
[66] Elisabetta Lurgo (2018): *Philippe d'Orléans: Frère de Louis XIV*, París: Perrin Éditions, p. 192.

Aquellas semanas le habían enseñado los peligros que parecía reservarse el ejercicio del poder. Su influencia en el rey y en los principales asuntos de Estado había llegado a niveles lo suficientemente peligrosos como para que otros grupos de poder hubiesen buscado el mejor modo de silenciarla, y el escándalo de los abortivos había sido la puerta de entrada más útil para conseguirlo. Ahora el objetivo prioritario de María Luisa era mantenerse callada y huir de cualquier controversia que pudiera complicar todavía más su situación. De hecho, cuando a finales de agosto se anunció que la reina había tenido un nuevo retraso menstrual, María Luisa temió que, si aquello no se materializaba en un embarazo, el pueblo de Madrid le recriminase que lo había perdido voluntariamente, como consecuencia de tanto tiempo ingiriendo los supuestos brebajes de su nodriza: «Elle appréhende que si la grossesse ne vient pas à bonne fin, on ne l'accuse d'avoir fait une tromperie, ou qu'on ne dise que ce soit encore l'effet des drogues de la Quentin».[67] Cuando se confirmó lo que todos ya temían, y que la reina no estaba embarazada, María Luisa comprobó una vez más que su posición, o por lo menos su imagen, estaban lejos de reponerse.

A finales de septiembre, pasado ya más de un mes desde que se desencadenó aquel tumulto en Madrid, todavía había ecos residuales de descontento popular. Mientras Carlos y María Luisa regresaban de un paseo, un grupo de jóvenes empezó a gritar, nada más localizar la carroza de los reyes, «viva el rey y mueran todos los franceses, desde el primero hasta el postrero».[68] A estos gritos se les sumaban también recriminaciones de «muera la gabacha», sin quedar demasiado claro si se referían a la nodriza o a la mismísima reina de España.[69] En lo que respecta a María Luisa de Orleans, se mantenía firme en dos objetivos, y ambos eran producto de tantas semanas de ansiedad, paranoia y un miedo cada vez más real de caer bajo la justicia real o, en el peor de los casos, de ser envenenada.

El primero de ellos era mantener en todo momento la estima de su esposo y mostrar que había asumido una mutación completa que se le venía demandando desde que llegó a Madrid en noviembre de 1679. Al mismo tiempo, María Luisa estaba obcecada en descubrir hasta qué punto había participado el embajador austríaco en los rumores que se habían desatado contra ella. Por lo pronto, le había negado una y otra vez audiencia a su cámara y nada parecía suficiente para convencerla de que reconsiderara su actitud. De hecho, el emperador Leopoldo escribiría durante meses a su sobrino, Carlos II, pidiéndole que actuase para acabar con aquella situación: «Ha tenido poca fortuna [el embajador] en agradar a la Reina y de esta desgracia inculpable en él (como lo creo) han resultado tales aprehensiones contra

[67] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 71, f. 270, 30 de agosto de 1685.

[68] Ibídem, f. 311v, 27 de septiembre de 1685.

[69] Gabriel de Maura y Gamazo: *Vida y reinado…*, o. cit., p. 315.

sus máximas que no han bastado a desvanecerlas en la mente de la Reina cuantas diligencias se han aplicado por mi parte».[70]

En octubre de 1685, la mayoría de los embajadores coincidían en una misma idea: la reina empezaba a recuperar parte de la influencia perdida en los asuntos de estado. Si ya conservaba intacto el amor que Carlos sentía por ella, y que la había protegido de ser víctima de las numerosas acusaciones que se habían vertido en su contra, ahora volvía a introducirse poco a poco en el escenario de la política: «lo cierto es que la Reinante siempre más predomina sobre el ánimo y las resoluciones del Rey, distribuyendo a su arbitrio de los honores, de los oficios de esta Real Casa, de los puestos del ministerio, y de todo género de conveniencias».[71] Sin embargo, también es cierto que aquellos incidentes continuaban todavía perturbando su ánimo, en especial porque las relaciones diplomáticas entre Francia y España se movían en todo momento entre la ruptura de la tregua de Ratisbona y el camino hacia una paz segura.

Cada vez que llegaban a Madrid noticias de nuevos incidentes entre franceses y españoles, ella solicitaba la opinión del embajador Feuquières a través de su confesor para saber si realmente había peligro de un nuevo conflicto entre ambas monarquías. Asimismo, seguía experimentando episodios de melancolía, estaba todavía muy delgada y su visión de la Corte que la rodeaba era muy negativa y recelosa. En esta época, de hecho, María Luisa se arropaba únicamente en su esposo, en el embajador francés y en su círculo más íntimo, que había quedado francamente reducido. Ahora cada movimiento que daba iba encaminado a recuperar los espacios de poder perdidos y consolidar su figura pública para que no pudiera volver a caer presa de una situación parecida.

Había ocasiones en que se veía lo suficientemente fuerte como para mostrar en público su rechazo hacia todos los que habían tenido algún tipo de implicación, directa o indirecta, en el asunto de los abortivos. Por ejemplo, recriminó a Carlos II que quisiera conceder al embajador austríaco el Toisón de Oro. Asimismo, cuando los miembros del Consejo de Castilla fueron a besar la mano a los reyes durante las navidades de 1685, el rostro de María Luisa cambió súbitamente de color al hacerle una reverencia algunos de los que habían tomado parte en las torturas de su amada nodriza: «Et toute l'assemblée remarqua qu'elle en changea de couleur».[72]

Al mismo tiempo, volvió a intentar construirse poco a poco un partido de leales que pudiera proteger su posición y ofrecerle las bases necesarias para seguir

[70] Allgemeines Verwaltungsarchiv-Finanz-und Hofkammerarchiv (AVA), FA, Harrach, 339, 28 de febrero de 1686. Carta de Leopoldo II a Carlos II.

[71] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, s/f., 4 de octubre de 1685.

[72] AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 72, f. 15, 3 de enero de 1686.

ganando influencia en los asuntos de Estado. En este momento, el tema de los venenos parecía haber quedado irremediablemente atrás y, aunque nadie parecía haberlo olvidado del todo, algunos de los nobles más poderosos de la Corte volvían a coincidir en que necesitaban apoyarse en aquella reina para ascender, sobre todo teniendo en cuenta que Carlos no dejaba de mostrar públicamente el cariño que sentía por ella. Por ello, durante los primeros meses de 1686, María Luisa de Orleans comenzó a tejer una nueva red de aliados. Aunque estos podían optar por abandonarla en caso de que surgiera un nuevo escándalo, en ese momento decidieron respaldarla. De hecho, muchos coincidían en que María Luisa parecía haber superado las adversidades que había enfrentado durante el verano de 1685: «Después que la Reina Reinante convaleció de los pasados achaques que la ocasionaron sus franceses y domésticos, y de haberse recuperado con absoluta autoridad sobre el arbitrio y voluntad del Rey».[73] Sin embargo, si algo puede afirmarse es que aquel incidente fue, para ella, mucho más que un escándalo sobre venenos y abortivos. En esencia, llegó a tratarse de un plan que buscaba derruir toda la influencia política que había ido construyendo. Y, si bien consiguió truncar su ascendiente, también le permitiría renacer políticamente de sus propias cenizas.

Consideraciones finales

El escándalo de los abortivos y venenos que se desató en el verano de 1685 fue mucho más que una serie de acusaciones motivadas por celos y rivalidades entre criados de Palacio. Aunque la esencia misma del incidente radicaba en las disputas domésticas que se habían vivido entre Margarita Lotier, Nicolasa Cantín y sus respectivos maridos, detrás subyacían motivaciones que afectaban a la alta política. Como ha podido comprobarse a lo largo de este capítulo, varios factores hicieron que aquellas acusaciones resultaran especialmente alarmantes. En primer lugar, se denunciaba que los supuestos abortivos se estaban proporcionando a la reina, lo que suponía un ataque directo a la sucesión dinástica, dado que su misión principal como consorte era proporcionar un heredero a la Corona. Al mismo tiempo, estaba el problema de determinar hasta qué punto se había implicado la propia reina en todo aquel asunto, teniendo en cuenta su insistencia en proteger a su amada nodriza.

Por lo pronto, una conclusión que conviene subrayar es que el momento en el que se desató el escándalo no fue casual. Si bien es cierto que hizo falta que

[73] ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, 5067, s/f., 11 de enero de 1686.

Margarita Lotier y Pedro Levillane preparasen aquel memorial en el que denunciaban a viva voz el suministro de abortivos, fue también necesario que algunos de los grandes agentes políticos del momento les diesen crédito a los rumores. La intervención del conde de Mansfeldt, interesado en limitar el ascendiente político de la reina francesa, constituye un ejemplo paradigmático. Asimismo, el conde de Oropesa, responsable de dirigir los interrogatorios contra los criados franceses, tomó la iniciativa de consultar con un cuerpo de doctores y juristas cuestiones tan controvertidas como la posibilidad de un repudio oficial de la reina o, en el peor de los casos, las implicaciones capitales que podía tener un delito de lesa majestad. Con lo cual, si aquel escándalo derivó en disturbios populares y una auténtica convulsión de la vida palaciega, fue porque miembros de la élite política les dieron forma y veracidad a los rumores.

Otra conclusión, en estrecha relación con la anterior, es que había grandes motivaciones a la hora de implicar a la reina en el escándalo de los abortivos. Lejos de considerarlo una simple pugna entre criados —que, en esencia, era lo que realmente ocurría—, María Luisa de Orleans comenzó a ser señalada como la encarnación de ciertos intereses políticos, tanto propios como de Francia. Incriminar directamente a la reina no solo permitía limitar su influencia sobre el rey, sino también debilitar la agresiva presencia que Luis XIV intentaba consolidar a través de su sobrina y de sus embajadores franceses.

En lo que respecta al proceso judicial iniciado contra los criados franceses y que pudo llegar a afectar a la mismísima reina —por lo menos así se vendió en la Corte—, este estuvo en todo momento dominado por intereses que trascendían la simple averiguación de si realmente se habían suministrado abortivos o incluso veneno a los reyes. Desde el primer momento, el conde de Oropesa empleó todos los mecanismos a su alcance, incluida la tortura, para obtener confesiones que le resultaran útiles tanto a él como a quienes pretendían aislar a María Luisa de Orleans. En este sentido, desempeñaron un papel crucial los numerosos rumores que se propagaron por la Corte y que, de manera intencionada, llegaron a oídos de la propia reina. La posibilidad de que Carlos II estuviera preparando su traslado a El Escorial, la idea de un repudio oficial por alta traición o, peor aún, la amenaza de la pena capital, tenían un propósito muy claro: desestabilizar el ánimo de la consorte y contribuir a su aislamiento, tanto personal como político.

Finalmente, una última conclusión a destacar es la importancia que desempeñó el amor de Carlos II por su esposa, un elemento que, sin duda, resultó crucial para proteger a la reina de la campaña de desprestigio público que se estaba vertiendo contra ella y, lo que es más importante, permitió a María Luisa recuperar gran parte de su poder. En efecto, todos los que apoyaron a la reina durante las convulsiones

de aquel verano de 1685 —como el embajador de Francia, su confesor o su tío— coincidían en un mismo punto: María Luisa debía conservar la estima de su esposo. Y, como ha podido comprobarse, ese fue su objetivo prioritario, aun cuando se vio superada por las circunstancias. Los embajadores residentes en Madrid insistieron reiteradamente a sus respectivas cortes en que el cariño de Carlos II por su esposa no había descendido, incluso constatándose que las recriminaciones y los rumores malintencionados contra ella no dejaban de crecer. Fue, precisamente, este amor el que, en gran parte, consiguió salvar a María Luisa y le permitió recuperar poco a poco su posición política en la Corte.

EDICIONES TREA
ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
Colección Piedras Angulares

www.trea.es

Este volumen colectivo ofrece una novedosa reflexión, desde un enfoque interdisciplinario, sobre la agencia histórica de las mujeres en espacios públicos y de poder, focalizándose en el modo en que su participación influyó en la vida económica, política, cultural y social en la larga duración del siglo XVI hasta el primer cuarto del siglo XX. Así, los nueve estudios aquí reunidos analizan cómo las mujeres constituyen formas de poder relacional que tensionan el perímetro de lo público y lo privado, intervienen en los engranajes de la justicia, modulan prácticas sociales, participan de la cultura de la reconciliación y producen testimonios que no solo registran acontecimientos, sino que contribuyen activamente a configurarlos.

A través de los casos estudiados, los autores cuestionan jerarquías narrativas y proponen consideraciones sobre la relación entre historia y testimonio desde una perspectiva que reconoce la capacidad epistémica de las mujeres para intervenir en la producción de conocimiento histórico. Más que insistir en discursos de ausencia o exclusión, *Guardianas del tiempo* propone analizar cómo las prácticas testimoniales actúan como dispositivos de problematización que complejizan las lógicas interpretativas del pasado.

El objetivo es afinar las categorías conceptuales desde las que se examina la agencia femenina en el periodo acotado en este volumen. El resultado es un mosaico de voces que invita a repensar el pasado desde claves analíticas que se alejan de las narrativas dominantes, reivindicando la huella persistente de las mujeres como custodias del tiempo, mediadoras en los conflictos y tejedoras de una memoria colectiva que ha sabido desafiar silencios y traspasar fronteras.